



NUEVA RELACION
 EL MARISCAL DE VIRON.

DE DAMA.

Al espectáculo grande
 del mayor teatro, en cuya
 tragedia representaba
 sus mudanzas la fortuna,
 manchado de sangre el sol,
 cubierta de horror la luna,
 vestido el dia de asombros,
 llena la noche de dudas,
 ciego el aire, sordo el viento,
 y en su variedad confusa
 dividido el vulgo en olas,
 partida en vofos la turba,
 á ser lastima y ejemplo
 de las privanzas, que duran

lo que la vida en la rosa,
 lo que en la flor la hermosura,
 llegó el Duque al cadahalso,
 trono infame de sus culpas,
 cuya maquina sublime
 negros ropages enlutan.
 Era el funesto aparato
 geroglifico ó figura
 de la noche y de la muerte,
 tan expreso en cada una
 por el color y la forma,
 que sin que allí se confundan
 dos imagenes, á un tiempo
 parece nublado y urna,

por cualquiera parte noche,
 por cualquiera parte tumba.
 Dudaba Francia el suceso,
 no porque ignoró la injuria,
 ni por que llegó á dudar
 la pena como la culpa,
 sino porque siendo el Duque
 dueño de la gracia tuya,
 dudó que hubiese en el mundo
 quien sus delitos descubra,
 que las faltas de un valido
 cualquiera las disimula.
 Entró el Duque por la plaza:
 quien duda, señor, quien duda
 que esta fue su mayor pena
 y su mayor desventura?
 Pues por donde entró triunfando
 de tantas banderas turcas,
 entre ahora despojado
 de aquellas armas angustas,
 que no se muda el lugar,
 aunque las dichas se mudan.
 No aguardaban su persona
 estas vez, como otras muchas,
 de sus mejores soldados
 tantas militares puntas,
 antes llevando su vida
 en mas peligro que nunca,
 iba allí con menos guardas
 su persona mas segura.
 Apenas de que llegaba
 dieron noticia confusa
 lenguas de metal, entónces
 retóricamente mudas,
 cuando le señalan todos,
 y de repente se escuchan,
 pidiendo atención al ayre,
 todas las voces en una.
 Descolorido el semblante,

las mejillas mal enjutas,
 desaliñado el cabello,
 la barba sin compostura,
 libre la mano derecha,
 con que compone y justa
 el capús sobre los hombros,
 y con afecto y ternura,
 un Crucifijo en la otra,
 cuya devota escultura,
 cuanto enternece los ojos,
 los cabellos espeluzo.
 al cadaatzo llegó el Duque:
 aquí la lengua se turba,
 aquí la voz se entorpece,
 aquí la vista se angustia,
 aquí el corazon se pasma,
 aquí la pena se ofusca,
 aquí el dolor se reprime,
 aquí el aliento se anuda,
 aquí los brazos se extienden,
 aquí las manos se cruzan,
 y aquí finalmente todo
 el cuerpo se descoyunta,
 todo lo padece el alma,
 todo el amor lo disculpa.
 Junto al teatro se apea,
 y sube, sin mas ayuda
 que su valor, tan constante,
 que dos veces se le arruga
 el capúz entre los pies,
 para estorbarle que suba:
 y él con despejo bizarro
 le acomoda, y se disgusta
 de que le estorbe el camino,
 porque ninguno presume,
 que para llegar mas tarde
 era diligencia suya.
 En llegando á lo mas alto
 del sitio que él solo ocupa,

mirando á una y otra parte
 con atencion y mesura,
 á Francia vió de dos veces,
 y Francia le vió de una.
 Allí se dejó mirar
 de toda la plebe junta,
 sin excusas ni porteros
 y pagó solo con una
 cuantas visitas debia,
 que en un privado son muchas.
 Dispuesta una silla estaba
 en lugar de blanda pluma,
 para lecho de su muerte,
 para estrado de su injuria:
 sentóse, y sentóse bien
 de otra vez, donde le ayudan
 con cristianas diligencias
 dos religiosos, columnas
 de la Fe, cuyas palabras
 le ofrecen y le aseguran
 en su sangre su remedio,
 y en su infamia su disculpa.
 Por última diligencia
 le intima y le pronucian
 la sentencia de su muerte,
 que vivo y atento escucha.
 Ah pension de los mortales!
 que la mayor desventura
 de los hombres, sea ignorar
 la hora postrera suya!
 Y que llegue á ser la muerte
 de un delincuente tan dura,
 que el saber que muere entónces,
 sea su mayor angustia!
 Llegó á vendarle los ojos
 con mano aleve é impura
 el verdugo, pretendiendo
 con infames ligaduras
 atar su cuerpo á la silla,

y él, con impaciencia alguna,
 que en pie le deje morir
 pide al verdugo, y le jura
 por su Rey y por su sangre
 de no resistirse nunca,
 aunque vea la cuchilla
 sobre su cuello desnuda,
 como el que se vé sangrar,
 que él mismo el brazo se alumbra,
 y aunque la vena le rompen
 no se resiste á la punta.
 No fue acción desesperada,
 aunque alguno lo murmura
 en Francia, ántes me parece
 que fué una obediencia justa
 ó para hacer voluntaria
 la pena cuando la sufra,
 ó para dar á entender,
 que aun allí el valor le dura,
 y que así no ha menester
 ignorar lo que no excusa.
 En efecto, hecha la seña,
 el verdugo que la escucha,
 levanta el brazo, y del golpe
 fué la presteza tan mucha,
 que aun no pudo comprehenderla
 el mismo que lo egecuta.
 Saltó la cabeza en tierra,
 huyendo del que la injuria,
 que solo en huir entónces
 no pareció que era suya;
 pero como no podia
 vengarse ya por difunta,
 andando por el tablado,
 parece que iba, aunque muda,
 pidiendo á todos venganza
 de aquella mano perjura.
 El cuerpo, (raro prodigio!)
 quedó en su propia estatura.

sin caer en grande rato,
 ni mostrar flaqueza alguna,
 ó porque no lo creyó
 la muerte que lo procura,
 ó porque el cuerpo valiente,
 mientras el alma fluctua,
 pudo vivir por su cuenta
 lo poco que dura.
 En fin, á vista del pueblo,
 que le llora, aunque le acusa,
 entre lágrimas y penas
 quedó aquella flor caduca,
 aquella vida sin alma,

aquel campo sin figura,
 aquella estrella sin rayos
 aquel sol sin hermosura,
 aquella nave sin velas,
 aquella águila sin plumas,
 aquel valeroso brazo
 sin fuerza en las coyunturas,
 y con una muerte sola
 satisfechas munchas culpas;
 vengados muchos agravios,
 vuestra persona segura, Llorá.
 Francia triste, el mudo absorto,
 muerto el Duque, yo difuntá,

